EPOCA IV—AÑO XX

BARCELONA 27 DE DI—BRE DE 1916

NÚMERO 332

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares . . . . 1'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre . 1'00 »
» Extranjero, » . 1'50 »

Después de la huelga

Los gobiernos que padecemos viven en el mejor de los mundos. Sufrieron un momento de incertidumbre durante las 24 horas que duró el paro, dedicaron después unos elogios a los obreros, por su «sensatez» y «cordura», se aprobaron los presupuestos—que es lo que interesaba a la comandita ministerial oposicionista—y... aquí no ha pasado nada.

Ninguna medida eficaz para resolver la crisis del trabajo y mucho menos la cuestión de las subsistencias, que continúa agravándose con el encarecimiento de las viviendas y artículos de consumo.

Esta es la respuesta que se ha dado a la imponente demostración de fuerza realizada el día 18.

¿Se dará por satisfecha la clase trabajadora, con haber dado un aldabonazo a la puerta de los causantes de la crítica situación a que se nos ha reducido? ¿Nos conformaremos con saber que somos una fuerza capaz de arrollarlo todo, si así lo creemos necesario y pasaremos el tiempo contándonos los que somos?

Pues bien. Hemos demostrado que tenemos fuerza como colectividad; pero la fuerza, si no se ejercita, tanto en el individuo como en las colectividades, sufre gran decaimiento, y si no queremos que la anemia consuma nuestro organismo, precisa mucha gimnasia.

Entendemos que si ahora no obramos como demandan nuestras necesidades a la vez que en forma adecuada a la burla de que somos objeto por parte de burguesía y autoridades, será cuestión de plegar velas y consumirnos en la impotencia.

Pero esto no puede ser. Contra el quietismo suicida está el espíritu revolucionario evidentemente demostrado, a pesar del carácter pacífico de la huelga, por los compañeros de Vizcaya, San Sebastián y otras poblaciones, y este espíritu, con su acción salvadora, sabrá volver por los fueros de la dignidad obrera, que no puede quedar supeditada a una manifestación de sus necesidades, sino que ha de tener por objeto algo más positivo.

Tanto el Comité de la Asamblea de Valencia, como la Unión General de Trabajadores y Confederación General del Trabajo, se habrán dado cuenta de la necesidad de seguir por otros derroteros, por los únicos que pueden conducirnos a la solución de las graves cuestiones que nos preocupan.

Gobierno y burguesía se mofan de nuestras amenazas; saben que éstas no producen daño mayor y no las temen. Precisa, pues, que obremos como exigen las circunstancias y que nuestro derecho a la vida lo antepongamos a todos los demás derechos y deberes, arriesgando para ello cuanto creamos preciso arriesgar.

***

De las autoridades nada hemos de esperar. Con un cinismo incomparable ha dicho un ministro que las detenciones ocurridas en Barcelona *tres días antes de la huelga,* lo habían sido por disposición del juzgado especial de huelgas.

El ministro miente. Y además de mentir da una pobre idea de su mentalidad, al decir que el juez de huelga decretó las prisiones por una huelga cuyo desarrollo aun era problemático. Las detenciones fueron ordenadas por la policía o por el gobernador sin que los esbirros llevaran autos del juez. Al menos en lo que se refiere a las fracasadas detenciones de los compañeros Herreros y Ceferino Gil.

El gobierno no ha hecho, hace, ni hará nada que económicamente beneficie a los trabajadores, porque no son nuestros intereses los que representa. Representa los contrarios y a éstos sirve.

Si nosotros *queremos* conseguir algo ha de ser confiando en nuestro esfuerzo; convirtiendo en activa la fuerza que pasivamente demostramos el día 18. De lo contrario no conseguiremos otra cosa que el calificativo de *cuerdos* y *sensatos,* que compasivamente nos prodigarán nuestros enemigos.

Y el proletariado no ha obtenido nada con sensatez y cordura, sino con *locuras* y rebeldías.

Como decíamos en el número anterior, del acto del día 18 podemos sacar muy útiles consecuencias.

¿Las aprovecharemos?

Balance de veinte siglos

...Y la poderosa Roma pasó a la Historia, dejando como recuerdo imperecedero de su nefasta dominación huellas tétricas, llagas vivas, incurables, que su constante destilación sanguínea perpetuase, pasado el tiempo, a través de los siglos, como virus ponzoñoso, como peste asoladora, sobre los pueblos de su antiguo dominio.

Y es que la acción conjuntiva de los pueblos esclavizados por un poderío cruel, salvaje, no fué tan saneadora, de tanto poder anti-bacilar, higiénico, cual necesitaba las insaciables ansias de dominio desenfrenado por aquellos hombres y en aquellos tiempos.

Y, en los grandes deseos de liberación de la acción coercitiva del Estado, aparecieron unos hombres que, solamente descontentos y no verdaderos catedráticos de higiene moral sociológica, tuvieron el gran cuidado de aprovecharse del descontento colectivo en los esclavos de sus tiempos, para demoler sin conciencia, cual se merecía, aquel conglomerado de hienas con forma humana, organismo deficiente, coautor de todas las desolaciones, de todos los crímenes sufridos, sin causas justificadas, por los nobles y sencillos habitantes de aquellos inolvidables siglos.

Y Roma, con todo su poderío, desplomóse por los suelos, como guiñapo inservible, como pelele grotesco. Pero el mal no desapareció. Su fatídica influencia perdura, sostenida incondicionalmente por aquellos esclavos, rebeldes un día, y que hoy luchan para perpetuarlos por tiempo indefinido.

Las causas fehacientes del malestar social se conservaron indemnes, y mil Romas aparecieron de sus sepultados escombros, más crueles, más sanguinarias, más salvajes que su histórica antecesora. ¡Europa entera constituyóse en una Roma sin fin! Desaparece un Estado soberbio y aparecen mil más soberbio. A Julio César y tantos otros, sucédele Alejandro, Fernando III, Napoleón, etc. A una institución despótica, criminal, la suplanta otra más despótica, más criminal. Al orgulloso *patricio,* le sucede el *señor feudal,* la institución burguesa, con todos sus latrocinios; a una religión absurda, falta de sentido común y sedienta de sangre, un catolicismo terrible, con su noche de San Bartolomé y su tétrica inquisición. Los que oficiaron en las iglesias de Iris, Júpiter y Venus, dejan paso libre a los jesuitas, dominicos y sacerdotes de Marte. El rojo oficiante de molocks inclínase y, humilde, hace entrega de su envidiado oficio a Pedro Arbués y Torquemada.

A la Roma incendiada por satisfacer los bajos deseos de un ser despótico, mimado por un senado de castrados, aviva su olvidado recuerdo Cenicero, Torreperogil, Manzanares, Puerto de Son.

Al carpintero Pedro y la iglesia de las catacumbas, únese en estrecho abrazo Voltaire, Ferrer, Baró y Clemente García. ¡Oh, esto es horrible!

Veinte siglos han transcurrido. El pueblo, en el transcurso de este tiempo, ha sido incapaz para sostener la ola gigantesca de sangre humana; al contrario, los crímenes sobre el pueblo se han sucedido con más frecuencia, con más ininterrumpida constancia, como al monte la pradera, como la noche al día.

El ladrón, en nombre de un pretendido derecho, le ha despojado de sus riquezas; el asesino, en el espeso y oculto bosque, como en la cúspide más alta de la más elevada montaña, ha mutilado sus miembros; el pérfido ha hecho construir los más refinados aparatos de tortura para satisfacer sus instintos feroces y sus bajas pasiones.

Y por si esto fuera poco, aparece la Europa de 1914 a 1916, con sus Delcassé, Venizelos, Maura, Poincaré, Gabriel d'Annunzio, Lerroux, Guillermo II, Verdún, Lieja, los Carpatos... ¡Este es el balance de veinte siglos!

***

Desde tiempo inmemorial una joven, bella, amante cual no otra, llamada Anarquía, vese asomada sobre el oriente de la ideología humana; de entre sus encarnados labios despréndese sútil, cual fino céfiro, esta meditadora triología: Libertad, Justicia y Fraternidad. Mas el hombre no lo entiende, ese simbolismo es incomprensible para él; fatigado, agotada su energía por muchos siglos de lucha equivocada, descansa en un profundo letargo, al parecer interminable.

Anarquía, con sus brazos tendidos hacia él, parece quiere llamarle, pero el hombre no ve, no oye. Duerme y sueña, y de sus desfigurados labios, con voz aguardentosa, mal pronuncia estas despreciables palabras: *Vivan las cadenas.* Ella llora. Una desconsoladora sospecha cruza por su virginal mente, y se hace esta pregunta, que queda incontestada: ¿Tardará otros veinte siglos en despertar?...

MANUEL VIEJO

Sevilla

CUANDO LAS BESTIAS HABLABAN...

El carromato había suspendido su marcha. Detrás, como estela marina, quedaba el camino. Era una simple huella; el rastro dejado al pasar, por las bestias y las ruedas del vehículo.

Su trazado perdido a lo lejos, revelaba las incidencias del viaje. Recto a veces, con desviaciones y retrocesos, marcaba la ruta incierta, sin rumbo fijo seguida. Y en algunos puntos, había señales de accidente; y en otros, indicios de haber acampado largo tiempo.

Delante, se extendía el campo, virgen como el futuro ignorado.

Cuatro flacas bestias, bien atadas, ramoneaban en los arbustos a su alcance, mientras los del carro, alborozados festejaban el alto hecho en el camino.

—Qué vida ésta—roznó, más bien que dijo, uno de los animales.

—Tengamos paciencia—contestó otro.

—Sí; paciencia... Para ti que esperas inmortalizarte como un Job asnal, la paciencia es un consuelo.

—La culpa es nuestra—intervino otro.

—¿Nuestra? Acaso tengas razón. ¿Mas qué hacer?—dijo el cuarto.

—Escuchad mi plan. Unámonos y juntos pidamos se nombre otro carrero más considerado. Mejor aún: recabemos el derecho de elegirlo y así quien empuñe el látigo, tendrá que ser bueno, por agradecimiento y conveniencia.

—Poco significa eso. Más bien podríamos pedir reformas en los frenos, los tiros, el tamaño del látigo, la cantidad de pienso y las horas diarias de viaje.

—No seáis borricos—interrumpió el primero.—Neguémonos a tascar el freno e ir atados al carro. Que lo arrastren el carrero y sus amigotes, si quieren, y recuperemos nosotros nuestra libertad, prontos a romperle la cabeza a coces, al primero que trate de engancharnos.

—¡Qué bárbaro! ¡qué bruto!—rebuznó uno.

—Utopía—roznó el otro.

—¿Por qué no lo haces tú?—rebufó el tercero.

—Por culpa de vosotros. Sois cobardes y cortos de orejas como caballos y no comprendéis la libertad. Ese, fisófofo místico, está siempre conforme con todo. Este otro no aspira más que a elegir amo. A ti te es suficiente un poco más de holgura y pienso. Y siempre seguiríamos igual...

—Ya que eres tan dispuesto y tan capaz, ¿por qué no te declaras libre? Predica con el ejemplo, y tal vez te imitemos.

—¡Para qué! Un día quise hacerlo y me denunció ese bestia. Otro día logré escapar y vosotros tres, os prestasteis a que los del carro os montaran para darme caza. Tendría que empezar por concluir con vosotros. Sois más enemigos míos, que el carrero mismo.

—¡Anarquista! ¡Salvaje! ¡Criminal!—rebuznaron a una los tres burros.

A la algarabía, los viajeros suspendieron la francachela, y acudieron a las bestias, armados de palos, temiendo una rebelión o una riña.

Cualquier día—dijo uno de ellos—éstos se unen y nos dejan a pié en mitad de la jornada.

—No lo creas—contestóle otro—son muy burros para eso.

Y después de repartirles unos latigazos, y revisar las ataduras, volvieron de nuevo a sus bebidas y comilona, convencidos de que no corrían riesgo alguno.

EDUARDO G. GILIMON

La Anarquía

VI

Hasta aquí se ha considerado el gobierno tal como es, tal como ha de ser necesariamente en una sociedad basada en el privilegio, en la explotación y el despotismo del hombre por el hombre, en el antagonismo de intereses, en la lucha social; en una palabra, en la propiedad individual.

Se ha visto como el estado de lucha, lejos de ser una condición necesaria de la vida de la humanidad, es contraria a los intereses, a los individuos y a la especie humana; se ha visto que la cooperación es ley del progreso humano; y hemos deducido de todo que, aboliendo la propiedad individual y todo predominio del hombre sobre el hombre, el gobierno pierde toda su razón de ser y debe abolirse.

«—Pero—se nos podrá decir—cambiando el principio en que hoy se basa la organización social, substituída la solidaridad a la lucha, la propiedad común a la propiedad individual, el gobierno cambiaría a su vez de naturaleza y, en lugar de ser el protector y representante de los intereses de una clase, sería, porque ya no habría clases, el representante de todos los intereses de toda la sociedad. Tendría la misión de asegurar y regular, en interés de todos, la cooperación social, desempeñar los servicios públicos de general importancia, defender a la sociedad de las posibles tentativas de restablecimiento del privilegio y reprimir los atentados que cualquiera cometiese contra la vida, el bienestar o la libertad de cada cual.

»En la sociedad hay funciones demasiado necesarias, que requieren mucha constancia y gran regularidad para que puedan ser abandonadas a la voluntad libre de los individuos, sin peligro de que cada cosa tire por su lado.

»¿Quién organizaría y quien aseguraría, de no ser un gobierno, los servicios de alimentación, de distribución, de higiene, de comunicaciones postales y telegráficas, de transportes, etc., etcétera? ¿Quién cuidaría de la instrucción popular? ¿Quién emprendería los grandes trabajos de exploración, de bonificación, de aspecto científico, que transforman la faz de la tierra y multiplican las fuerzas humanas?

»¿Quién atenderá a la conservación y aumento del capital social para transmitirlo, mejorado, a la futura humanidad?

»¿Quién impedirá la devastación de los montes, la explotación irracional y, por consiguiente, el empobrecimiento del suelo?

»¿Quién tendría la facultad de prevenir y reprimir los delitos, los actos antisociales?

»¿Y los que, faltando a la ley de solidaridad, no quisiesen trabajar? ¿Y los que esparciesen la infección en un país, negándose a someterse a las reglas higiénicas prescritas por los hombres de ciencia? ¿Y los que, locos o cuerdos, intentasen prender fuego a las mieses, violar a las niñas o abusar de los más débiles por su fuerza física superior?

»Destruir la propiedad individual y abolir los gobiernos existentes, sin reconstituir luego un gobierno que organizase la vida colectiva y asegurase la solidaridad social, no sería abolir los privilegios y dar al mundo la paz y el bienestar; sería romper todo lazo social, volver a la humanidad a la barbarie, al reino del *cada uno para sí,* que es el triunfo de la fuerza brutal primero y del privilegio económico después.»

He aquí las objeciones que nos hacen los autoritarios, aun cuando sean socialistas, es decir, aunque quieran la abolición de la propiedad individual y del gobierno de clase que de ella se deriva.

Responderemos a estas objeciones.

No es cierto, en primer lugar, que cambiando las condiciones sociales, el gobierno cambie de naturaleza y de funciones. Organo y función son términos inseparables. Quítese a un órgano su función, y o el órgano muere o la función se reconstituye. Métase un ejército en un país en el cual no haya motivos ni asomos de guerra, interna o exterior, y ese sólo hecho provocará la guerra, si dicho ejército no se disuelve. Una policía donde no haya delitos que descubrir ni delincuentes que aprehender, provocará, inventará delitos y delincuentes, o bien dejará de existir.

Hay hace siglos en Francia una institución, actualmente agregada a la administración forestal (la *lobetería),* cuyos empleados tienen a su cargo la destrucción de los lobos y demás animales dañinos. Nadie se sorprenderá al saber que precisamente a causa de esta institución hay en Francia lobos, que en las estaciones rigurosas hacen mil estragos. El público se ocupa poco o nada de tales fieras, porque los empleados de la administración son los que tienen este cargo; y los tales empleados organizan la caza de lobos; pero la organizan naturalmente, *con inteligencia,* respetando sus madrigueras y dando tiempo a la reproducción, para no exponerse a destruir una especie tan interesante.

Bien es verdad que los campesinos franceses tienen ya muy poca confianza en estos cazadores de lobos, y los consideran más bien como conservadores de tales animales. Y se comprende que así ocurra; ¿qué harían los jefes de la institución si no hubiese lobos en el territorio de la república?

Un gobierno, o lo que es lo mismo, un cierto número de personas encargadas de dictar las leyes y de valerse de la fuerza de todos para hacerlas respetar de cada cual, constituye ya una clase privilegiada y separada del pueblo. Tratará instintivamente, como todo cuerpo constituído, de aumentar sus atribuciones, de substraerse a la dirección del pueblo, de imponer sus tendencias y de hacer predominar sus intereses particulares. Colocado en una posición privilegiada, el gobierno se encuentra ya en antagonismo con la masa de cuya fuerza dispone.

Por lo demás, un gobierno cualquiera, hasta queriéndolo, no podría contentar a todos y habría de limitarse a contentar a unos cuantos. Habría de defenderse de los descontentos y cointeresar, por tanto, a una parte del pueblo para que le prestase su apoyo. Y así comenzaría nuevamente la vieja historia de una clase privilegiada, formándose con la complicidad del gobierno y que, si de una vez no se hacía dueña del suelo, acapararía ciertas posiciones del favoritismo, creadas con tal intención, y que no sería menos opresora ni menos explotadora que la clase capitalista de hoy.

Los gobernantes, acostumbrados al mando, no querrían volver a confundirse con la masa, y si no podían conservar el poder en sus manos, se asegurarían al menos la posición del privilegio para cuando tuviesen que depositar aquél en otras manos. Recurrirían a los medios que da el poder para que los sucesores fuesen elegidos entre sus amigos, a fin de que éstos les apoyasen y protegiesen a su vez. De este modo el gobierno pasaría de unas manos a otras, siempre las mismas en realidad, y la *democracia,* que es el pretendido gobierno de todos, acabaría siempre en la *oligarquía,* es decir, en el gobierno de unos pocos, de una clase.

¡Y que oligarquía omnipotente, opresora y absorbente sería la que tuviese a su cargo, a su disposición, todo el capital social, todos los servicios públicos, desde la alimentación hasta la confección de alpargatas, desde la universidad hasta el teatro de opereta!